



Eran los comienzos y participé siendo muy joven y sin mucha conciencia de lo que estaba ocurriendo. Maestra novata, pero con mucha ilusión y ganas de aprender, lo que vivía con “los milanianos” me tenía fascinada. Me sorprendía que sin vernos durante tanto tiempo y cada uno en un punto de la geografía española, aquello se siguiera manteniendo con tanta ilusión y ganas de hacer. Volvía a casa con la mochila cargada de ideas e ilusiones y, a pesar de la distancia, sa-

biéndome acompañada en el quehacer cotidiano de la escuela.

Con los años me volví escéptica y cada vez que nos reuníamos para preparar la revista me parecía una reunión de locos. ¿Interesará esto a alguien? pensaba; pero me he llevado más de una sorpresa al tener noticias de gente que no sólo la recibe, sino que la espera con ilusión y la lee con ganas. Ha sido el nexo de unión de los Milanianos allí donde estén, a pesar de mi escepticismo.

UNA INVITACIÓN, UN RECIBIMIENTO Y UN PLACER

José Luis Veredas, SA

Yo iba para bichólogo. Me invitaron a leer *Carta a una maestra* y se me retorció la vocación. Decidí hacerme maestro. Así que para mí ser maestro y ser milaniano es todo uno. No cabe otra.

Me incorporé al MEM de forma algo tardía. La memoria me traiciona y no estoy seguro si fue la primera o la segunda Asamblea a la que asistía, en la sala Milani de Santiago Uno. Menudo recibimiento. Sin saber muy bien si iba o venía me encontré votando sí a la decisión de “cerrar” o no la asociación. Yo creyendo llegar a una fiesta de cumpleaños me encontré encerrado en un funeral. Sólo faltaba como música de fondo la canción de Javier Krahe: “Y yo allí con mi flor como un gilipollas,

madre...” Obviamente se votó a favor de continuar con el MEM.

Ya he dicho en varias ocasiones que sin duda lo que más gozo en el grupo Milani, son las reuniones del Consejo de Redacción de *Educar(NOS)*. Largas reuniones, normalmente entorno a una merienda, comida o cena, en las que charlamos y charlamos absolutamente de todo: del mundo, de nuestras vidas, de la política, de los trabajos, de la Escuela y las escuelas, de lecturas, de viajes, de historia y de historias... y por fin, apresuradamente, de la próxima revista. Me admira, en las reuniones del MEM, poder escuchar (y menos hablar) a un grupito selecto de mentes privilegiadas.

UNA HUELLA DE MILANI

Gerardo Fernández, M

El primer contacto que tuve con la escuela de Barbiana fue una visita a la Casa-Escuela Santiago Uno y a la Granja Escuela Lorenzo Milani. La organizó mi escuela de Magisterio. ¡Qué casa tan vieja! decían mis compañeras acerca de Santiago Uno, o ¡qué mal huele!, al oler los purines de cerdo en la granja Milani. Yo asentí a ambas quejas... Años después las entendí y las acepté a los primeros meses de mi vida allí.

En la visita estaba prevista una ponencia de Corzo, y este fue el primer punto sobre la i que le vi colocar: se encaró con mis profesores de pedagogía por no darnos una introducción a Milani, dejó bien claro que no tenía interés en entretener a unos alumnos de Magisterio sin más. Yo nunca había oído a nadie decir las cosas tan claras como a él,

no se cortó ante mis profesores. Les dijo lo que pensaba sin evitar el conflicto. ¡Qué raro era eso, qué poco frecuente en el ambiente en el que me movía!

Antes de salir de Salamanca me llevé para casa *Carta a una maestra* y *Escritos colectivos de muchachos del pueblo*. En el autobús de regreso a Madrid comencé a leer la Carta. Me cuestionó los pilares “tan interesantes” de la Escuela Moderna y me ofreció otros, que iban a la raíz de la escuela, a su problema más hondo: el fracaso de los *canis* en ella.

Dos años después se me presentó la ocasión de ser educador en Santiago Uno. No me lo pensé. Tenía claro que ir a esta escuela como educador era un privilegio; tenía lo que no había percibido en mis años de estudiante en la mayoría de mis profesores: alma y orientación claras.

En Santiago Uno viví una relación tan cercana con los alumnos, que daba sentido y cohesión a lo



que allí se hacía. Lo que más me llamó la atención fue la entrega a los últimos, sin sentido en el mundo vivido por mí, aburguesado como estaba con la comodidad del mínimo esfuerzo: si hay que ayudar, mejor a los listos, que se enteran antes. La coherencia de Santiago Uno procedía de esta fuente... de vida: los últimos.

Y como regalo apareció la amistad con mis compañeros educadores: Corzo, Consuelo, Otilio, Santi, Felipe, Manolo, y tantos milanianos que pasaron por Santiago Uno: Antonio, Tomás, Luisa, Veredas, Oliva, Alfonso, Cus, Dolores... y la comunidad que

acompañaba la casa: Tere, Ana Mari y Rafalo, Ricardo y Rosa, Mari y Rony... Ellos me empaparon del sentido de la escuela; de todos recibí alguna pauta en la relación con los chicos. ¡Qué entrega y fuente de ánimo tan grande!

¡Con lo buen maestro de la Escuela Nueva que yo habría sido! si no me hubiese cruzado con el *tesoro* de Milani y su huella. La huella no es una réplica perfecta de la suela del zapato, tiene su propia impronta, aunque se conoce su procedencia.

LEER Y YA

Xavier Besalú, GI

Mi acercamiento a Barbiana tuvo dos momentos distantes en el tiempo, aunque nunca se rompió el hilo que enhebré en el primero de ellos. Yo estudiaba Magisterio (1972-75). Fueron años gozosos y estimulantes, no sólo porque éramos jóvenes, sino porque la libertad (y hasta el socialismo) parecían a nuestro alcance. En lo pedagógico, más allá de la miseria oficial, lo que dominaba entre quienes teníamos la certeza de tener en nuestras manos el futuro era el marxismo althusseriano (y las paralizantes teorías de la reproducción subsiguientes) y la pedagogía institucional francesa, hermana e hija del 68, que prácticamente sentenciaba a muerte la escuela como tal.

Para los que, contra viento y marea, queríamos ser maestros y trabajar en la escuela, descubrir (casualmente y en la librería) y leer *El mestre de Barbiana* de Miquel Martí fue como una bendición, pues nos decía que no todo estaba perdido, que no era inevitable que nos convirtiéramos en “lacayos del capitalismo”, ni en “padres-padrones” autoritarios y castradores. Tuvimos la oportunidad, además, de compartir clases y diálogos con un profesor de filosofía, extraordinario como persona y como pedagogo (Bernardino Orio de Miguel se llama) que alentó nuestros descubrimientos que aterrizaron, como no podía ser menos, en la “Carta”, aquella de Nova Terra, traducida también por Miquel Martí (era ya la segunda edición, de febrero de 1970).

Siendo y ejerciendo ya como maestro, no recuerdo bien el año (probablemente a mediados de la década de los 80 del siglo pasado) me suscribí al Boletín, que recibía y leía con devoción, e iba comprando y devorando todo lo que aparecía y te-

nía que ver con Barbiana: las *Experiencias pastorales* (de Marsiega), el *L. Milani, maestro cristiano* de Corzo, los *Escritos colectivos de muchachos de pueblo* (de Popular), la *Escritura colectiva* (de Anaya), además de los artículos que, de cuando en cuando, publicaba Cuadernos de Pedagogía...

Pero el segundo momento no llegaría hasta las navidades de 1991, cuando el MEM celebró en Madrid las Jornadas Pedagógicas: *Por una escuela de verdad*. Me inscribí decidido y convencido, como un acercamiento largamente larvado a algo que, aunque desconocía a todos y a todas, era ya algo mío. Llegué y me acogieron: no me había equivocado; allí estaban los míos, celebrando los 25 años de las “Carta”...

Este reencuentro tuvo una coda diez meses después. Efectivamente, en octubre de 1992 tuvo lugar en Salamanca el X Congreso Nacional de Pedagogía sobre Educación Intercultural (ya trabajaba por entonces en la Universidad de Girona). Una vez allí, tenía claro que, Congreso aparte, para mí era también una peregrinación (no hay verbo mejor para describirlo) a las fuentes del Movimiento Milaniano: a la Casa Escuela. No recuerdo quien me atendió (¿tal vez Veredas?), pero sí recuerdo su amabilidad; me mostró algunas estancias de la Casa y allí mismo adquirí los Boletines atrasados que me faltaban. Sólo el Tormes cercano y otoñal fue testigo y cómplice de mi éxtasis.

Desde entonces, me considero un socio lejano pero firme, a veces esquivo pero fiel, que aprecia y bebe de este manantial inagotable y fértil, que me une a un montón de amigos con quienes comparto la pasión por la escuela, la obsesión por la justicia, la indignación por la falta de libertad y la lucha por la “soberanía” de todos y cada uno de los humanos. ■